



yecto: resolvió emplear otros medios para salir airoso á cualquier precio.

Necesitaba, pues, para equilibrar el poder del emperador, contar con la amistad de Francisco; con esta mira, léjos de zaherirle por el oprobio de haber abandonado á sus aliados en el tratado de Cambray, le regaló una cantidad considerable, como una contribucion fraterna para pagar el rescate de sus hijos.

En este interin el emperador aportó á Italia seguido de una comitiva numerosa de nobleza española y de un cuerpo respetable de tropas; habia dejado el gobierno de España durante su ausencia á la emperatriz Isabel. Su dilatada mansion en este reino le habia enseñado á conocer á fondo el carácter español, y habia aprendido á gobernarlos por máximas acomodadas á su genio. Hasta supo en algunas ocasiones tomar modales populares, que lisonjaban singularmente á la nacion. Algunos dias antes de embarcarse para Italia, dió un ejemplo evidente del cuidado que tenia en complacerla. Iba á hacer su entrada pública en la ciudad de Barcelona, y los habitantes se hallaban embarazados por saber si le recibirian bajo del título de emperador ó de conde de Barcelona. Carlos prefirió inmediatamente este último, declarando que se honraba más de este título antiguo que de la corona imperial. Encantados de esta preferencia, que les lisonjaba infinitamente, los moradores le recibieron con aclamaciones de alegría, y las córtes de la provincia prestaron juramento de obediencia á su hijo Felipe en calidad de heredero del condado de Barcelona. Todos los reinos de España habian hecho ya el mismo juramento, con igual satisfaccion.

El emperador se presentó en Italia con toda la pompa y aparato de un conquistador; los embajadores de todos los príncipes y de todos los Estados de este país seguian su córte, y aguardaban su suerte de su decision. Se le recibió en Génova, en donde desembarcó primeramente, con todos los rebatos de júbilo que debia inspirar el protector de su libertad. Despues de haber honrado á Doria con muchas señales de distincion, y remunerado á la república con nuevos privilegios, se adelantó hácia

Bolonia, sitio fijado para sus vistas con el papa. Afectó en su entrada pública en esta ciudad juntar toda la magnificencia y majestad de un emperador á la humildad de un hijo sumiso de la Iglesia, y á la cabeza de 20.000 hombres, que le ponian en estado de dar leyes á toda la Italia, besó arrodillado el pié de este mismo papa, que era su prisionero meses atrás. Los italianos, que habian sufrido todo de la licencia y ferocidad de sus tropas, se habian acostumbrado á formarse en su imaginacion un retrato del emperador bastante parecido á la idea que tenian de los soberanos bárbaros de los godos ó de los hunnos, que no habian causado más estrago que él á su país. Se maravillaron muchísimo de ver un príncipe amable y gracioso, afable y agasajador en sus modales, regular en su conducta y en sus costumbres, y dando ejemplo de una atencion escrupulosa en cumplir con todos los deberes de la religion. Se maravillaron todavía más al verle conciliar los intereses de todos los potentados y de todos los Estados, que dependian entonces enteramente de él con tal moderacion y equidad, cual estaban bien distantes de aguardar.

Cuando Carlos partió de España, no pensaba en dar pruebas tan extraordinarias de desinterés. Aun parece que estaba decidido á sacar las más ventajas que pudiera de la superioridad que habia adquirido en Italia; mas diferentes circunstancias le dieron á conocer la necesidad de cambiar de plan. Los progresos del sultan, que habia penetrado de la Hungría en Austria y sitiado á Viena con un ejército de 150.000 combatientes, le estrechaban á recoger todas sus fuerzas para resistir á este torrente. Aunque el valor de los alemanes, la conducta prudente de Fernando y la traicion del visir hubiesen obligado bien pronto á Soliman á abandonar su intento, con tanto menoscabo de su reputacion como de sus intereses, la presencia del emperador no se requeria ménos en Alemania para atajar el curso y el adelantamiento visible de las turbaciones excitadas por las disputas de religion. Los florentinos, léjos de consentir en el restablecimiento de los Médicis, á cuyo artículo el emperador se habia



obligado por el tratado de Barcelona, se preparaban á defender su libertad por la via de las armas. Los grandes preparativos que habia hecho para su viaje, le habian acarreado gastos extraordinarios; y en esta ocasion, cual en otras muchas, la multiplicidad de sus negocios y la extrema mediania de sus rentas, le forzaban á estrechar los planes harto vastos de su ambicion, y á sacrificar utilidades ciertas y presentes para prevenir riesgos más remotos, pero inevitables. Todos estos motivos reunidos dieron á conocer á Carlos la necesidad de tomar un aire de moderacion y desinterés, y representó su papel con mucha naturalidad. Permitted á Sforzia venir á verlo á su córte, y añadió al perdon de todas las ofensas que habia recibido de él, la investidura del ducado de Milan, y aun le dió en matrimonio á la hija del rey de Dinamarca, su sobrina. Consintió en que el duque de Ferrara se posesionara de todos sus dominios, y terminó todas las diferencias que quedaban por componer entre este duque y el papa con imparcialidad, que no agradó mucho al último. Se avino definitivamente con los venecianos, bajo de la condicion, bastante justa, de que le entregarían todo lo que habian usurpado en la última guerra, ya en el reino de Nápoles, ya en el territorio del papa. En resarcimiento de tantas concesiones, exigió sumas cuantiosas de cada una de las potencias con quienes trató. Se le pagaron sin dilacion y le suministraron el medio de continuar su viaje á Alemania con la magnificencia conveniente á su jerarquía.

Todos estos tratados, que restituian la paz y tranquilidad á Italia despues de una guerra tan larga, cuyo peso se habia hecho sentir con particularidad en este país, se publicaron en Bolonia con la mayor solemnidad el primer dia del año de 1530, en medio de las aclamaciones unánimes de los pueblos.

Se colmó de elogios al emperador, y se honró á su moderacion y generosidad por el beneficio de disfrutar al cabo la paz que se deseaba desde tanto tiempo. Los florentinos fueron los únicos que no participaron de la alegría universal: animados de un celo por su libertad, más laudable que prudente, resolvieron

oponerse á la restauracion de los Médicis. El ejército imperial habia entrado ya en su territorio y sitiaba á su capital: desamparados de todos sus aliados y sin esperanza de ningun socorro, se defendieron muchos meses con gallardía obstinada y digna de mejor suceso; y cuando se rindieron, obtuvieron todavía una capitulacion que les dejaba la esperanza de salvar algunas reliquias de su libertad. Mas el emperador, no pensando sino en favorecer al papa, frustró su expectacion, abolió la antigua forma de gobierno, y volvió á manos de Alejandro de Médicis el mismo poder absoluto que su familia habia ejercido hasta allí en este Estado.

Filiberto de Chalons, príncipe de Orange, general del emperador, fué muerto durante el sitio: sus bienes y títulos pasaron á su hermana Claudia de Chalons, casada con René, conde de Nassau, y que trasmitió por sus hijos el título de príncipe de Orange á esta familia, que despues lo ha ilustrado tanto.

Despues de publicada la paz en Bolonia, y de la ceremonia de la coronacion de Carlos, como rey de Lombardía y emperador de romanos, ceremonia que el papa hizo con las formalidades acostumbradas, este príncipe, á quien nada retenia ya en Italia, se dispuso á tomar la carretera de Alemania. Su presencia se necesitaba más de dia en dia. Los católicos y los partidarios de las nuevas opiniones le instaban con igual importunidad á trasladarse. La ausencia del emperador, sus contestaciones con el papa, los cuidados que exigia la guerra de Francia, habian dado á los reformadores un largo intervalo de tranquilidad durante el cual su doctrina habia tambien adelantado palpablemente. La mayor parte de los príncipes que habian abrazado las opiniones de Lutero, no se habian contentado con establecer en sus territorios la nueva reforma del culto, habian abolido asimismo del todo los ritos de la Iglesia romana. Muchas ciudades libres habian seguido su ejemplo: la mitad del cuerpo germánico habia abandonado casi enteramente á la Santa Sede; y en los mismos países que no habian sacudido aún el yugo del papa, su poder se habia debilitado mucho por el ejemplo de los





Estados vecinos, ó por los progresos ocultos de la nueva doctrina que minaba sordamente sus cimientos. Por satisfaccion que el emperador hubiera podido experimentar por los acontecimientos que se encaminaban á mortificar ó embarazar al papa en tiempo de su rompimiento declarado con la santa silla, no podia disimularse entónces que las turbaciones de que la religion habia llenado á la Alemania podian parar al fin en funestísimas á la autoridad imperial.

La indolencia de sus predecesores habia alentado á los grandes vasallos del imperio á alentar su poder á expensas de los derechos y prerogativas del soberano; de suerte que en todo el curso de una guerra, que pedia los mayores esfuerzos, Carlos no habia sacado casi ningun socorro efectivo de Alemania, y no habia encontrado otras utilidades en su dignidad de emperador sino títulos fastuosos y vanos, y pretensiones añejas. Conoció vivamente que si recobraba una parte de las prerogativas que sus predecesores habian dejado perder, y si no tenía mas que el título de jefe del imperio sin gozar su autoridad, esta gran dignidad le embarazaria más que le sirviera en sus proyectos ambiciosos. Para llegar á este objeto, nada le pareció mas esencial que ahogar prontamente unas opiniones, que podian formar entre los príncipes del imperio una liga temible cuyos vínculos serian mas fuertes y sagrados que todos los de la causa pública. Igualmente nada le pareció más propio para conducirlo al fin que se proponia, que hacer servir al engrandecimiento de su autoridad civil un celo constante por la religion establecida, de la que él era protector natural.

Con esta idea, desde que habia visto resquicio para tratar de un ajuste con el papa, habia convocado para Spira una dieta del imperio, cuyo objeto fué deliberar acerca del estado actual de la religion. El decreto de la dieta que se habia celebrado en 1526, establecia con corta diferencia la tolerancia de las opiniones de Lutero, y habia chocado con esto á los demas de la cristiandad. Se requeria por lo tanto mucho arte y un manejo bien delicado para proceder á una decision mas rigurosa contra los

novadores. Los espíritus, que habian permanecido en perpétua agitacion por una disputa que duraba doce años sin interrupcion, y sin que ninguno de los dos partidos se hubiera entibiado, se encontraban á ese tiempo en el más alto grado de fermentacion. Se habia acostumbrado á las innovaciones, y se habian visto las empresas más atrevidas coronadas por el buen logro. Al abolir el antiguo culto, los pueblos habian substituido formas del nuevo, y su odio al que habian abandonado se fortalecia áun por su adhesion que habian adoptado. Lutero, que no era de carácter de acobardarse por la demora ó la terquedad de la resistencia, ó dormirse con su prosperidad, continuaba sus ataques con el mismo vigor que habia mostrado desde el principio. Sus discípulos, de los que muchos tenían tanto celo, y algunos aún mas ciencia que su maestro, no se hallaban ménos en disposicion de sostener la disputa con denuedo y habilidad. Muchos seculares, hasta algunos príncipes, viviendo en medio de estas disputas eternas, se habian acostumbrado á discutir los argumentos de entrambos partidos, que se atañian alternativamente á su decision; se instruyeron á fondo en todas las cuestiones que se ventilaban, y se pusieron en estado de tratarlas ellos mismos y de manejar con felicidad las armas escolásticas empleadas en estas guerras de teología. Era evidente que una decision demasiado rigurosa de la dieta hubiera producido inmediatamente en estas circunstancias una confusion general, y habria podido encender una guerra de religion en Alemania. Con este temor, todo lo que el archiduque y los demás diputados del emperador pidieron en la dieta fué, pues, mandar á los Estados del imperio que habian obedecido hasta allí el decreto de la dieta de Wormes, fulminado contra Lutero en 1524, que continuáran en conformarse á él, vedar á los demas Estados innovar nada en adelante en la religion, y especialmente abolir la misa antes de la convocacion de un concilio general. Despues de muchos debates, este decreto pasó á pluralidad de votos.

El elector de Sajonia, el marqués de Brandebourg, el landgrave de Hesse, los duques de Lunebourg, el príncipe Anhalt, con los dipu-



tados de las catorce ciudades libres ó imperiales, hicieron contra este decreto una protesta solemne, declarándolo injusto é impio. De aquí viene el nombre de protestantes, nombre más conocido y honroso cuando se ha dado indistintamente á todas las sectas que se han separado de la Iglesia romana. Los protextantes no pararon aquí; enviaron embajadores á Italia para llevar sus quejas al emperador, quien los recibió del modo más propio á desalentarlos. Carlos, unido entónces con estrechez con el papa, no pensaba sino en atraerlo inviolablemente á sus intereses. Durante la larga mansion de ambos en Bolonia, tuvieron juntos muchas conferencias acerca de los medios más eficaces de extirpar las herejías que habian nacido en Alemania. Se sabe que los papas han temido y alejado constantemente, cuanto estaba en su mano, la convocacion de los concilios generales: el tímido Clemente, que les tenía mayor temor aún que ningun otro pontífice, no podia sin estremecerse escuchar la proposicion de congregarse uno. No hay razones que no empleara para disuadir al emperador de este proyecto. Le pintó los concilios generales como congregaciones de facciosos intratables, hinchados de presuncion, temibles por su union á la autoridad de los príncipes, y demasiado lentos en sus operaciones para remediar los males que pedian pronto socorro. La experiencia, le decia, nos ha enseñado á entrambos que la tolerancia y suavidad, léjos de ablandar el corazón de los novadores, no ha hecho más que darles alas; de ahí concluía que se necesitaba recurrir al rigor que exigia el riesgo urgente de la religion; que era preciso hacer ejecutar la sentencia de excomunion lanzada por Leon X, y el decreto de la dieta de Wormes, y que tocaba al emperador desplegar todo su poder para reducir á rebeldes que no respetaban ya ni la autoridad eclesiástica, ni la civil. Carlos, que tenía otras miras que el papa, y que veia más y más cuán profundamente arraigado estaba el daño, pensaba al contrario atraerse á los protestantes por medios ménos violentos, y miraba la convocacion del concilio como un expediente propio á guiar á este fin. Prometió, sin embargo, al papa, que si los medios de

dulzura quedaban sin efecto, descubriría todo el rigor de su autoridad para reducir á estos enemigos obstinados de la fe católica.

Tales son los sentimientos con que el emperador partió de Italia para Alemania, habiendo señalado ya á Augsbourg para celebrar la dieta del imperio. Se halló en disposicion de observar en el camino cuáles eran el modo de pensar de los alemanes acerca de los puntos contestados.

Vió por todas partes los espíritus tan agriados y acalorados, que se convenció de que no se debia hablar de rigor ni de autoridad sino despues de haber tentado todos los demas medios y cuando el mal fuera desesperado. Hizo su entrada pública en Augsbourg con pompa extraordinaria, y encontró allí una dieta congregada que, por la dignidad y número de sus vocales, correspondia á la entidad de los asuntos que se debian tratar en ella, y que se habia hecho para añadir brillo á la entrada de un emperador que volvía despues de una larga ausencia, colmado de prosperidad y gloria. Se hubiera dicho que su presencia habia comunicado á todos los partidos un espíritu enteramente nuevo de moderacion y de inclinación á la paz. El elector de Sajonia no quiso permitir á Lutero que le acompañara á la dieta, temeroso de ofender al emperador poniendo á su vista á un hombre excomulgado por el papa y autor de las discusiones que ocasionaban entónces tantas turbaciones. Todos los príncipes protestantes vedaron, por ruego del emperador, á los teólogos que los acompañaban, predicar públicamente durante su residencia en Augsbourg. Por las mismas razones, eligieron á Melancton, el reformador que con más ciencia era igualmente de carácter más suave y pacífico, para extender su confesion de fe en los términos ménos chocantes á los católicos romanos, sin hacer traicion por eso al interés de la verdad. Melancton, que jamás habia teñido su pluma con la hiel teológica, y que salía raras veces de los límites de la crianza, áun en sus escritos puramente polémicos, se encargó de una comision que cuadraba tambien á su carácter, y la desempeñó con una felicidad digna de su moderacion. El símbolo que compuso





con el nombre de confesion de Augsbourg, nombre que tomó del mismo lugar en que se presentó, fué leído públicamente en la dieta. Se nombraron teólogos católicos para examinarlo; propusieron sus críticas; la disputa se movió entre ellos y Melancton, apoyado de muchos de sus partidarios; mas aunque éste consintiera en mitigar algunos artículos y en aflojar en otros, y que cuidara de dar á todos el sentido ménos chocante para sus adversarios, aunque el mismo emperador hiciera todo lo posible por reducir á la razon á los dos partidos, se encontraban ya tantas muestras de separacion establecidas, tantas barreras insuperables levantadas entre las dos iglesias, que se desesperanzó desde entónces de poder jamás moderar y reunir los espíritus.

Cárlos, viendo que no podia recabar nada de los teólogos, se dirigió á los príncipes que los favorecian; mas por mucho que éstos deseáran proponer un término de conciliacion, y por inclinados que estuvieran á servir al emperador, no los encontró más dispuestos que á los teólogos á renunciar á sus opiniones. En aquel tiempo, el celo por la religion agitaba á los espíritus hasta un grado cual pueden apenas concebir los que viven en nuestro siglo; las pasiones que excitaban el descubrimiento de la verdad y el primer afecto de la libertad han perdido hoy casi enteramente su energia. El celo era entónces tan poderoso, que sobrepujaba aún á la adhesion á los intereses políticos, que es ordinariamente el móvil predominante de las acciones de los príncipes. El elector de Sajonia, el landgrave de Hesse y los demas jefes de los protestantes, aunque solicitados cada uno en particular por el emperador, y tentados por la esperanza y promesa de las ventajas políticas que más desearon obtener, rehusaron todos, con una bizarría digna de imitarse, el abandonar por ninguna adquisicion terrena lo que creian ser causa de Dios.

No habiendo producido ningun efecto los medios que se emplearon para ganar ó desunir el partido protestante, no restaba ya al emperador otro arbitrio que ejercer su poder para defender por algun acto de vigor la doctrina y autoridad de la Iglesia establecida. Campege,

nuncio del papa, no habia cesado de representar al emperador que la severidad era el único modo de tratar con herejes obstinados. La dieta, cediendo á sus instancias y á su dictámen, dió un decreto que condenaba casi todas las opiniones sostenidas por los protestantes; vedaba á toda persona proteger ó tolerar á los que las enseñáran; ordenaba la puntual observancia del culto establecido, y prohibia toda innovacion en lo futuro bajo de penas rigurosas. Se requería al mismo tiempo á todos los órdenes que concurriesen con sus bienes y personas á la ejecucion de este decreto, y los que rehusáran obedecer eran declarados incapaces de ejercer las funciones de jueces, ó de comparecer como partes en la cámara imperial, que era el tribunal soberano del imperio. Se resolvió tambien por este decreto, que se dirigirian al papa para intimarle que convocara en el plazo de seis meses un concilio general, cuyas decisiones soberanas pudieran terminar todas las disputas.

El rigor de este decreto asustó á los protestantes: lo miraron como el preludio de las más violentas persecuciones, y quedaron convencidos de que el emperador habia resuelto su destruccion. El miedo de las calamidades que amenazaban á la Iglesia agobió al débil aliento de Melancton; y como si su causa hubiera sido ya como desesperada, se abandonó á la melancolia y á las quejas. Mas Lutero, que no habia cesado durante la celebracion de la Dieta de fortalecer y animar á su partido por diferentes escritos que habia publicado, no se dejó asustar ni aturdir por la aproximacion de este nuevo riesgo. Volvió á dar ánimo á Melancton y á aquellos discípulos que habian caido en el mismo desmayo; exhortó á los príncipes á no desamparar verdades que acababan de defender con una firmeza tan digna de elogios. Sus exhortaciones produjeron en sus almas una impresion tanto más profunda, cuanto venian de saber con la mayor inquietud la noticia de una liga que habian formado los príncipes católicos del imperio para el apoyo de la religion establecida, y en la que el mismo Cárlos habia entrado. Conocieron la necesidad de estar sobre aviso, y vieron que su seguridad, como tambien el logro de su causa dependia de su union.



Agitados de las zozobras que les inspiraba la liga católica, pero determinados acerca de la conducta que debian tener, se congregaron en Smalkalde. Ajustaron allí una liga defensiva contra cualquier agresor, por la cual todos los Estados protestantes del imperio se unian para formar un cuerpo; y comenzando á considerarse bajo de este aspecto, resolvieron dirigirse á los reyes de Francia y de Inglaterra, implorando su socorro y auxilio en favor de su nueva confederacion.

Un asunto que no tenia ninguna conexion con la religion, les suministró un pretexto para buscar la asistencia de los príncipes extranjeros. Cárlos, cuya ambicion crecia en la misma proporcion que su grandeza y poder, habia concebido el proyecto de instituir la corona imperial hereditaria en su familia, haciendo elegir á su hermano Fernando por rey de romanos. Las circunstancias favorecian en extremo á la ejecucion de este designio: la victoria habia seguido por todas partes á las armas del emperador; acababa de dictar leyes á toda Europa en la última paz; no le quedaba rival en estado de contrabalancear ó atajar el ejercicio de sus fuerzas; los electores estaban deslumbrados por el resplandor de sus triunfos, y la extension de su poder les infundia respeto; se atrevian, pues, con dificultad, á contradecir los gustos de un príncipe cuyas solicitudes tenian toda la autoridad del mando. Cárlos, además, no carecia de razones plausibles para fundar su peticion: los negocios de los demas reinos le obligaban, decia él, á ausentarse á menudo de Alemania; los desórdenes, siempre en aumento, que habian excitado las disputas de religion, y la vecindad temible de los turcos, que amenazaban continuamente entrar en el corazon del imperio con aquellos ejércitos innumerables que asolaban todos los lugares de su tránsito, requerian la presencia continua de un príncipe de bastante prudencia para sossegar las disputas teológicas, y de bastante valor y fuerzas para rechazar á los otomanos. Su hermano Fernando poseia estas cualidades en grado eminente; su larga residencia en Alemania le habia puesto al alcance de conocer radicalmente la constitucion germánica y la

índole de los pueblos; como habia visto nacer las contiendas de religion, y seguidolas desde su origen, sabia mejor que nadie cuáles remedios convenian al mal, y cuál era el método de aplicarlos; en una palabra, la posicion de sus Estados, que tocaban con las fronteras del imperio otomano, le constituia el defensor natural de la Alemania contra las invasiones de los infieles; y siendo rey de romanos, su interés se encontraria de acuerdo con su deber para empeñarle á oponerse á las intentonas de los turcos.

Todas estas razones movieron poco á los protestantes. Sabian por experiencia que nada habia favorecido tanto los progresos de su doctrina como el interregno por la muerte de Maximiliano, la larga ausencia de Cárlos y la blandura en la administracion del gobierno, que habia resultado de estos dos incidentes. Habian sacado demasiado provecho de tal estado de anarquía, para no temer la dominacion siempre presente de un nuevo jefe. Conocieron toda la extension de los proyectos ambiciosos de Cárlos, y vieron claramente que su objeto era instituir la corona imperial hereditaria en su familia, y establecer así en el imperio una autoridad absoluta que emperadores electivos no podian prometerse obtener con la misma facilidad.

Resolvieron, pues, oponerse con todas sus fuerzas á la eleccion de Fernando, y alentar á sus compatriotas con su ejemplo y exhortaciones á no sufrir semejante empresa contra sus privilegios. En consecuencia, el elector de Sajonia, no sólo rehusó asistir á la asamblea de los electores que el emperador convocó en Colonia; encargó tambien á su primogénito concurrir en su lugar y protestar contra la eleccion, como hecha contra todas las formalidades y todas las leyes, contraria á los artículos de la bula de oro y destructiva de las preeminencias del imperio. Mas los otros electores, ganados por Cárlos, no hicieron aprecio de la ausencia ni de la protesta del elector de Sajonia; eligieron á Fernando por rey de romanos, y fué coronado algunos dias despues en Aquisgran.

Cuando los príncipes, que se habian junta-